

¿Cómo serán las guerras del siglo XXI?

Pedro Brieger

“El choque de las civilizaciones dominará la política mundial en los próximos años”, afirma el conocido profesor de Harvard, Samuel Huntington (1993). Su artículo, “The Clash of Civilizations?” (“¿El choque de civilizaciones?”), publicado en 1993 en la influyente revista estadounidense *Foreign Affairs*, es considerado el más importante y polémico en estos tiempos de la post Guerra Fría. Su impacto, principalmente en los estratos gubernamentales y académicos, es de tal envergadura, que se lo compara con el éxito que en su momento tuviera el famoso artículo de Francis Fukuyama “El fin de la Historia”.

En la era “post reaganiana” las teorías de Fukuyama han pasado de moda, pero quién duda de que en su momento convulsionaron al mundillo político, a pesar de sus limitaciones teóricas y del desdén con que fueron recibidas en los principales centros académicos. En realidad, ambos trabajos probablemente hubieran quedado restringidos solamente al ámbito académico si no fuera porque sus autores ejercen una particular influencia sobre los principales estrategas políticos de los Estados Unidos. Frente a un enigmático Siglo XXI, el interesante y polémico trabajo de Huntington nos permite adentrarnos en la nueva cosmovisión que impera, o seguramente imperará, en algunos diseñadores de estrategias de la administración del presidente Bill Clinton.

¿Qué plantea Huntington?

Partiendo del colapso del comunismo, el triunfo del capitalismo y el fin de la Guerra Fría, Huntington plantea un eje central: que los futuros conflictos y guerras no estallarán a raíz de enfrentamientos ideológicos o económicos. Contrariamente a lo sucedido en el siglo

XX, opina que en el próximo, la política internacional estará dominada por la interacción entre Occidente y las civilizaciones no occidentales: “Occidente y el resto”. Esta interacción provocará un choque de civilizaciones y el retorno a las rivalidades tradicionales y tribales. En su novedoso análisis sostiene la existencia de ocho grandes civilizaciones: occidental, confuciana, japonesa, islámica, hindú, ortodoxa eslava, latinoamericana y africana. ¿Cómo será este enfrentamiento entre “Occidente y el resto”? ¿Qué respuesta darán las civilizaciones no occidentales al poder y los valores de Occidente? Este parece ser el principal interrogante de Huntington.

Como la homogeneidad cultural de Occidente impedirá las guerras entre países occidentales, los enfrentamientos probablemente serán entre Occidente y las otras civilizaciones. Para reafirmar su teoría, cita la Guerra del Golfo —el conflicto más importante desde la caída del Muro de Berlín— porque fue un claro enfrentamiento entre civilizaciones: Occidente frente al Islam.

Consecuente con este razonamiento, Huntington plantea que ya no tiene sentido agrupar países en términos de sistemas políticos o de desarrollo económico, ni conviene utilizar las categorías de “Primer” o “Tercer Mundo”. En su defecto, propone dividir las sociedades según criterios de cultura y civilización, haciendo hincapié en las religiones que perduraron a través del tiempo y que hoy son un factor que provoca conflictos entre diferentes pueblos.

¿Por qué este “choque de civilizaciones”? Porque los procesos de modernización económica y cambio social están separando a los pueblos de sus identidades tradicionales, lo que provocará —con el paso del tiempo— la reafirmación de estas entidades y el regreso a las fuentes milenarias. Por otra parte, Huntington señala que los valores más importantes de Occidente, como

Pedro Brieger es Sociólogo y especialista en política internacional.

individualismo, liberalismo, derechos humanos, igualdad, libertad, democracia y libre mercado, son los menos importantes en las otras culturas, aquellas con las cuales Occidente entrará en conflicto. Esta reafirmación de la identidad en términos étnicos y religiosos profundizaría la tendencia a construir relaciones del tipo “nosotros y ellos”.

Su lectura de los acontecimientos en Rusia es muy particular. A diferencia de la mayoría de los especialistas, que considera que los problemas de Yeltsin derivan de la dificultad de concretar la transición económica y política de una sociedad socialista a una capitalista, Huntington está convencido de que el problema de Rusia radica en su intento por formar parte de Occidente. Pero alerta que la relación con Occidente podría volverse distante y conflictiva si los rusos rechazan la democracia liberal y comienzan a comportarse como rusos.

Paradójicamente, y a “contracara” de la importancia que le otorga a lo cultural, Huntington reconoce que Occidente

promociona sus intereses económicos e impone a las otras naciones las políticas económicas que considera apropiadas. Los esfuerzos de Occidente por promover sus valores de democracia y liberalismo como valores universales, para mantener su predominio militar y adelantar sus intereses económicos, provocan respuestas contrarias en otras civilizaciones. (p. 39)

También reconoce que las decisiones tomadas en los más influyentes organismos internacionales, como las Naciones Unidas y el Fondo Monetario Internacional, reflejan los intereses de Occidente aunque son presentados como deseos de la Comunidad Internacional. No es de extrañar entonces que las otras culturas sostengan que Occidente tiene pautas dobles: condena y ataca a Irak por su invasión a Kuwait, pero es complaciente con Israel, y no interviene cuando en Bosnia los musulmanes son masacrados por cristianos.

Para que el siglo XXI no encuentre al mundo occidental debilitado, Huntington plantea que, en primer lugar, debe mantener su poder económico y militar. Para prevenir conflictos debe fortalecer las instituciones internacionales que reflejan y legitiman los intereses y valores de Occidente, limitar la fuerza militar de otros estados y mantener la superioridad militar en oriente. En síntesis, un conjunto de valores que le permitirá a Occidente proteger sus intereses frente a las otras civilizaciones.

Occidente es superior

Si bien muchos pensadores y analistas occidentales no concuerdan con el pronóstico de Huntington respecto de las características de los próximos conflictos internacionales, la mayoría está convencida de que la caída del Muro de Berlín —como representación simbólica— y la desintegración de la Unión Soviética permiten la elaboración de tres axiomas. Primero: el fracaso del Comunismo y el consecuente triunfo ideológico y económico del Capitalismo. Segundo: todas las sociedades aspiran a copiar el modelo occidental, y principalmente el “American way of life”. Tercero: que una vez desaparecido el comunismo y su principal representación práctica —la Unión Soviética— la lucha de clases y los conflictos sociales quedarán archivados en la historia.

Las categorías utilizadas por Huntington son una consecuencia de los tres axiomas mencionados anteriormente y tienen como objetivo imponer nuevas definiciones sociales, aunque algunas puedan parecer extrañas y otras simplemente se apropien de convencionalismos lingüísticos de los medios de comunicación que, en realidad, desdibujan definiciones con mayor rigor científico. Incluso Jeane Kirkpatrick (1993), ex asesora de George Bush, cuestiona los parámetros utilizados por Huntington para mezclar civilizaciones. “Si definimos civilización con objetivos comunes: lenguaje, historia, religión, costumbres e instituciones, ¿por qué distinguir Latinoamérica de Civilización Occidental? ¿Y qué es Rusia sino occidental? Las designaciones Este-Oeste de la Guerra Fría sólo tenían sentido en el contexto europeo” (p. 22, 23). Si se utilizara una mera definición geográfica, también el continente africano debería formar parte de Occidente, o al menos una gran parte del mismo. Sin embargo, para Huntington “Occidente” en realidad es sinónimo de países capitalistas desarrollados; básicamente, Norteamérica y Europa.

La tesis central de Huntington respecto de la interacción entre Occidente y las civilizaciones no occidentales como producto del fin de la guerra fría desideologiza los futuros conflictos y le resta importancia a los intereses económicos. Sin embargo, la interacción actual entre occidente y el “resto” no puede borrar las expediciones y conquistas de las potencias coloniales en los últimos 500 años en África, América y Asia, pues han quedado grabadas en la memoria colectiva de las diferentes civilizaciones que las sufrieron.

Solamente si las ideologías hubieran perdido importancia y no existieran intereses económicos, sería posible llegar a la conclusión de que el conflicto entre civilizaciones será inevitable, porque los valores son “objetivamente” irreconciliables. Como para Huntington el conflicto es inevitable, considera “necesario que Occidente mantenga el poder económico y militar para proteger sus intereses” (p.49), reconociendo explícitamente que los intereses no son meramente culturales.

No es novedoso en el pensamiento norteamericano —aunque también es atribuible a la mayoría de los países desarrollados que alguna vez fueron potencias coloniales— asegurar que Occidente es superior al resto de las civilizaciones. Henry Kissinger (1993), dice abiertamente que

por ser la única nación explícitamente creada para reivindicar la idea de libertad, los Estados Unidos siempre creyeron que sus valores eran relevantes para el resto de la humanidad. [Por eso] el impulso de una obligación misionaria por transformar el mundo a nuestra imagen. (p. 19).

Esta concepción no es patrimonio de los conservadores. Antony Lake (citado por Decornoy, 1993), asesor de Seguridad Nacional de Clinton, también reconoce abiertamente que

debemos promover la democracia y la economía de mercado en el mundo porque eso protege nuestros intereses y nuestra seguridad y refleja los valores que son a la vez americanos y universales. Nuestro liderazgo es buscado y respetado en los cuatros rincones de la tierra. Nuestros intereses e ideales nos obligan no solamente a embarcarnos, sino también a dirigir. (p. 8)

A pesar de diferencias y matices, Huntington, Lake y Kissinger coinciden respecto de la superioridad de los valores occidentales, más específicamente de los estadounidenses. Esta cosmovisión, típicamente “etnocentrista”, consiste en observar a todos los otros grupos étnico-nacionales a través del prisma de la superioridad del propio grupo —dotado de todas las cualidades posibles— frente a la inferioridad intrínseca de los “otros”. Por esta razón Huntington señala que individualismo, liberalismo, derechos humanos, igualdad, libertad, democracia y libre mercado, los valores más importantes de Occidente, son los menos importantes en el resto del mundo y tienen poca resonancia en culturas islámicas, confucianas o japonesas. En la escala de valores occidentales, a diferencia de las culturas orientales, lo que prima es el “aquí y ahora”. Rara vez la cultura occidental dominante hace referencia a que la cultura china du-

rante dos mil años —sí, dos mil años— fue la más avanzada, ni menciona la época dorada del Islam mientras en Europa se pergeñaba la Inquisición, para citar algunos ejemplos históricos que permiten entender por qué los “otros” reivindican una historia de valores superiores a los occidentales.

Para evitar que las otras civilizaciones se enfrenten a Occidente, Huntington propone que adopten, en primer lugar, la democracia liberal. A los rusos les advierte que si “rechazan la democracia liberal y comienzan a comportarse como rusos las relaciones podrían volverse distantes y conflictivas” (p. 45). Sin embargo, ¿se puede exportar la democracia mediante la asistencia guía e intervención de los Estados Unidos o también esta asistencia refleja otros intereses? Por otra parte ¿se la quiere exportar siempre, o sólo cuando responde a conveniencias de Washington? Las actitudes ambivalentes respecto del Perú, Haití, Somalia, Argelia, Turquía, Israel, Rusia o China plantean más interrogantes que respuestas.

¿Occidente es superior?

Es común creer en Occidente que las otras civilizaciones aspiran a adoptar las pautas culturales, morales, sociales y económicas de los países capitalistas desarrollados, especialmente como sinónimo de desarrollo. “¿Los africanos desean verdaderamente el desarrollo o prefieren una cultura tradicional, poco racional e ineficaz?” —pregunta el conocido pensador liberal Guy Sorman (1993)—. “¿Quiéren realmente el desarrollo y están dispuestos a incorporarse claramente al capitalismo liberal y a sus imperativos laboriosos, puesto que no existe ninguna otra vía conocida hacia la prosperidad?”. Sorman no cree que “la colonización y la destrucción de culturas tradicionales represente la causa de las desgracias históricas del Tercer Mundo” (p. 9). En cambio, sí considera que la verdadera responsabilidad de Occidente radica en la exportación de falsas ideas, el socialismo y el estatismo. A diferencia de Huntington, Sorman continúa utilizando la expresión “Tercer Mundo” como sinónimo de atraso, tradicionalismo y subdesarrollo, frente a un “Primer Mundo” altamente tecnificado.

En realidad, es imposible calificar países, pueblos y civilizaciones utilizando la mezcla de pautas culturales, sociales y económicas. Sin embargo, si por un momento aceptamos su división arbitraria de la humanidad, es posible afirmar que estas civilizaciones, la confuciana,

japonesa, islámica, hindú, ortodoxa eslava, latinoamericana y africana, construyeron su cosmovisión desde su propio desarrollo histórico-social, utilizando categorías propias de análisis y también, desde su superioridad frente a las otras civilizaciones, porque el etnocentrismo no es patrimonio occidental, se puede encontrar en casi todos los pueblos, culturas y religiones.

Para estas civilizaciones Occidente representa la sistemática penetración e imposición de valores, comportamientos, instituciones e identidad que los insta a ser modernos, dejar sus tradicionales y cómodas vestimentas por el incómodo “blue jeans”, comer hamburguesas, y tomar “Coca-Cola”. Para muchos, especialmente los gobernantes que buscan los favores de Occidente, éste puede ser un modelo atractivo y seductor. ¿Acaso cuando Boris Yeltsin visitó los Estados Unidos en 1989, después de un día y medio no reconoció haber cambiado todas las impresiones que tenía sobre ese país y el capitalismo? Pero, aunque a los occidentales les cueste aceptarlo, este modelo dista de seducir a la mayoría de los pueblos poseedores de tradiciones milenarias.

En el marco de este trabajo es imposible analizar el pasado y el presente de cada una de las civilizaciones con las cuales —según Huntington— Occidente chocará. De todas maneras, es interesante conocer algunas opiniones para comprender la “otra” visión existente respecto de la desintegración de la Unión Soviética, el triunfo del Capitalismo y el Nuevo Orden Internacional dirigido por Occidente.

En el Japón existe una amplia coincidencia entre los analistas políticos respecto de la superioridad económica de su país frente a los Estados Unidos. El resurgimiento de corrientes políticas lideradas por políticos jóvenes, nacionalistas e impetuosos, está ligado al sentimiento de menosprecio que sienten por los Estados Unidos —una nación “a todas luces decadente”— que los condiciona políticamente desde 1945. En vez de imponer cláusulas restrictivas en el intercambio comercial entre ambos países e impedir el liderazgo nipón en el sudeste asiático, Noburu Hatakeyama (1993), del Minis-

“
Las civilizaciones no occidentales construyeron su cosmovisión desde su propio desarrollo histórico-social, utilizando categorías propias de análisis, y desde su superioridad frente a las otras civilizaciones, porque el etnocentrismo no es patrimonio exclusivo de Occidente.

”

historia”, el liberalismo será la próxima pieza del dominio que caerá. Guiado por la filosofía cartesiana, el mundo moderno está aniquilando la vida no humana y también amenaza con dar muerte a las especies humanas. (p. 14)

Umehara propone dos principios antiguos como contribución posmoderna del Japón para regir la vida social: el mutualismo o la ética de la responsabilidad interpersonal y la responsabilidad generacional nacida del carácter cíclico en el tiempo.

Esto significa que la sociedad humana no progresa o retrocede; en lugar de saqueadores durante el breve episodio de esplendor mortal del hombre, el ser humano debe ser custodio de la continuidad de la vida. Durante los últimos treinta años, Occidente creó un mundo abundante basado en la dominación de la naturaleza por parte del hombre pensante. Durante gran parte de ese período, el hombre no occidental también fue sometido. Pero la abundancia de Occidente ahora está amenazada por la imposibilidad de la naturaleza de absorber las consecuencias de su saqueo y por el resurgimiento, particularmente en Asia, de ‘no occidentales’ prósperos y competitivos. (p. 15)

El Islam, que parece haberse convertido en el nuevo enemigo de Occidente, crece y se desarrolla a medida que se incrementa su enfrentamiento con el mundo occidental. Contrariamente a una idea difundida por los medios de comunicación, los principales

terio de Comercio e Industria Internacional (MITI) piensa que “las industrias norteamericanas deberían mejorar el nivel de sus productos y no creer que son competitivas por definición, porque no lo son” (p. 47).

Pero no hay que creer que los japoneses solamente están interesados en la competencia económica. Su análisis del Nuevo Orden Internacional suele incorporar elementos de su filosofía milenaria. Takeshi Umehara (1992), uno de los filósofos más prominentes del Japón, está convencido de que

el total fracaso del marxismo es el hecho que antecede al colapso del liberalismo occidental. Lejos de ser la alternativa viable para ocupar el lugar del marxismo derrotado y la ideología reinante “al finalizar la

referentes islámicos no se oponen a la modernización y a la importación de tecnología que provenga de Occidente. Sus reparos salen a la luz cuando la ayuda tecnológica implica sumisión económica y cultural.

Ali Shariati (1989), uno de los teóricos “modernos” del islam y, en su momento, conocido opositor a la monarquía pro-occidental del Sha de Irán, es quien mejor explica la visión del Islam respecto de las relaciones Occidente-Oriente.

¿Por qué Oriente perdió su contacto con los recursos materiales y espirituales? ¿Por qué es incapaz de reconocer su potencialidad y utilizarla? ¿Qué tiene Occidente que hace que Oriente sea incapaz? *Para reducir al pueblo a la esclavitud obediente hay que privarlo de su propia personalidad, debilitándolo moral y espiritualmente, de tal forma que nunca más se sienta humano.* Esta clase de gente no protestará al ser usada como bestias de carga. Tan pronto como carezcamos de nuestra propia personalidad, nos sentiremos inferiores a Occidente y nos consideraremos menos independientes, nobles y eficaces que Occidente. No podemos remediarlo adulando y sirviendo a los pies de Occidente, pidiendo su protección y auxilio cultural e industrial, para que nuestra sociedad tenga la nueva apariencia de modernidad. *Sólo cuando estemos en posesión de nuestra propia personalidad podremos ser independientes del dominio occidental.* (p. 88)

Más lejos, desde Moscú, Ievgueni Evtushenko, tal vez el poeta ruso más conocido, teme que los arcos dorados de Mc Donald's se conviertan en el monumento de la era posterior a la Guerra Fría y reemplacen al arco iris de culturas. Justamente, uno de los factores que explica la magnitud del apoyo otorgado a Vladimir Shirinovsky en las elecciones parlamentarias del 12 de diciembre de 1993 es su firme oposición a la disolución cultural rusa y al abandono de los valores tradicionales en aras de la cultura occidental y la “Coca-Cola”. Este político —calificado como “un pequeño Hitler” por sus propios pares— conquistó la primera minoría del nuevo parlamento ruso, y con sus rimbombantes declaraciones ya ha encendido una luz roja de alerta en Europa, donde trazan un paralelo entre la Rusia de 1994 y la profunda crisis social que azotó a Alemania a comienzos de la década del treinta. Dos años antes de conocer la magnitud del apoyo a Shirinovsky, Evtushenko (1992) presagiaba que “si nuestra joven e inexperta democracia no puede proveer un mejor nivel de vida, el fantasma del pasado será más monstruoso todavía cuando regrese” (p. 72).

Prácticamente no hay intelectuales rusos que ponderen el régimen soviético que perduró durante setenta años, pero esto no significa que se hayan convertido en apologistas del capitalismo. Nikolai Zitsev (1992), Subdirector del Instituto de América Latina de la Academia de Ciencias de Moscú asegura:

Quedó demostrado que el sistema anterior de la URSS no era funcional. Reconozco el triunfo de la ideología, pero *el modelo occidental, si lo observamos en la periferia es muy peligroso.* Pongamos a Brasil, por ejemplo, donde una capa pequeña de la sociedad tiene un estándar de vida similar al de un europeo y la mayoría no come. (p. 19)

China, con un territorio algo mayor al de los Estados Unidos, ya se ha convertido en la *cuarta economía más grande del mundo* y algunos economistas vaticinan que en el año 2000 Hong Kong (en manos chinas) será como Tokio, un gran centro financiero. Según un detallado análisis de la revista inglesa *The Economist*, si China continúa con el ritmo acelerado de reformas y se convierte en una potencia industrializada y exportadora de bienes, el mundo asistirá a un cambio similar a la revolución industrial. (Cf. Powerless growth, 1992, p. 34) ¿Cómo reaccionará Occidente ante este vertiginoso crecimiento? ¿Se opondrán los chinos al intento norteamericano de imponer la democracia al estilo occidental tal cual se opusieron a la introducción del comercio del opio a la fuerza, por los británicos en el siglo XIX? “Los chinos, no tienen planes de sustituir la cultura china por la occidental, insisten en que los valores chinos son la esencia y la tecnología occidental sirve para fines prácticos”. (The Titan Stirs, 1993, p. 37).

Este proceso, que parece inevitable, podría verse sacudido en sus cimientos como producto de una guerra de sucesión en la cúpula partidaria, el descontento de la población que está en las regiones menos favorecidas o una reacción de los Estados Unidos o Japón para impedir su impetuoso crecimiento, provocando entonces un “choque de civilizaciones”.

¿Se pueden descartar las guerras económicas en el siglo XXI?

A diferencia de Huntington que descarta las guerras comerciales, aunque considera que Occidente puede y debe imponer su interés, otros importantes analistas destacan que las guerras del Siglo XXI pueden estallar por la propia dificultad de los Estados Unidos de convertirse en la primera y principal potencia económica.

Lester Thurow (1992), decano de la Sloan Business School del Massachusetts Institute of Technology (MIT), estima que el dilema central respecto del próximo siglo, como en los anteriores, es *saber quién se apoderará del mismo*. El Reino Unido dominó el siglo XIX, Estados Unidos el siglo XX, ¿quién dominará el próximo?, se pregunta.

En 1945 había dos superpotencias militares, Estados Unidos y la Unión Soviética, luchando por la supremacía, y una superpotencia económica, Estados Unidos, que estaba sola. En 1992 hay una superpotencia militar, Estados Unidos, que se encuentra sola, y tres superpotencias económicas, es decir, Estados Unidos, Japón y Europa, (centrada esta última en Alemania), que luchan por conquistar la supremacía económica. (p. 17)

El problema central para los Estados Unidos es su intento de continuar asumiendo el rol de superpotencia militar, lo que representa un obstáculo para volver a ser la superpotencia económica. Para restaurar su prosperidad económica necesita imperiosamente reducir el presupuesto de defensa, tal cual lo señaló el mismo Clinton. Pero si lo hace, corre el riesgo de perder su liderazgo como primera potencia militar. Aparentemente, un callejón sin salida. En otras palabras, está imposibilitado de ejercer eternamente su función de policía planetario —*Globo-cop* según la expresión acuñada por la revista *Time*— y a su vez restaurar su prosperidad económica.

Son innumerables los trabajos que analizan las dificultades de los Estados Unidos para mantener su liderazgo económico y los profundos problemas sociales que lo aquejan (Albert, 1992; Brieger, 1993; Reich, 1993; Thurow, 1992). Pero conviene recordar algunos datos aportados por Lester Thurow (1992):

En 1970, 64 de las corporaciones industriales más grandes del mundo estaban en EE.UU., 26 en Europa y sólo 8 en Japón. En 1988 sólo 42 estaban en EE.UU. 33, en Europa y 15 en Japón. En 1979, 19 de los 50 bancos más importantes eran de los EE.UU., en 1988 sólo 5. En 1990 entre los 20 primeros no había norteamericanos. En el sector Servicios, 9 de cada 10 de las empresas más importantes ahora son japonesas. (p. 34)

“
En el Japón existe una amplia coincidencia entre los analistas políticos respecto de la superioridad económica de su país frente a los Estados Unidos. El resurgimiento de corrientes políticas lideradas por políticos jóvenes, nacionalistas e impetuosos, está ligado al sentimiento de menosprecio que sienten por los Estados Unidos, una nación “a todas luces decadente”.

”

para recobrar esa confianza perdida si los Estados Unidos se convirtieron en la nación más endeudada del planeta, cuando diez años atrás era la más acreedora? ¿Se podrá lograr por intermedio de incursiones militares del tipo *Tormenta del Desierto* contra Irak? James Chace (1992), profesor de Relaciones Internacionales del *Bard College* de Nueva York, está convencido de que

es muy improbable que recibamos apoyo para nuestras aventuras de esa naturaleza en el plano externo, y de ninguna manera para que actuemos como “la policía” del mundo, como es el deseo del Pentágono. La relación política con los países capitalistas desarrollados que durante la Guerra del Golfo apoyaron a Estados Unidos es fundamental. Pero —se pregunta Chace— ¿cómo van a reaccionar nuestros aliados si en un documento del Pentágono se dice que *nuestro objetivo es desalentarlos para que no se atrevan a desafiar nuestra posición de vanguardia y a subvertir el orden económico y político establecido*? Hay que ver si los japoneses y los alemanes están dispuestos a volcar miles de millones de dólares para respaldar esa política. (p. 19)

¿Cómo ven las perspectivas para el Siglo XXI los dos grandes adversarios de los Estados Unidos? El japonés Shintaro Ishihara vaticina que la guerra militar entre superpotencias del siglo XX será reemplazada por la

guerra económica del siglo XXI, y deja fuera toda discusión de que el Japón será el vencedor. Helmut Kohl, el canciller alemán, está convencido de que *la década del noventa será la década de los europeos y no de los japoneses*. Lo interesante es que implícitamente considera que Estados Unidos está fuera de juego. Para Lester Thurow, en la batalla por el siglo XXI, el Japón es la favorita.

Ninguna de las tres potencias está plenamente segura de su triunfo. ¿Puede esta competencia terminar sin vencedores ni vencidos? La historia, y muy especialmente la de este siglo, parecería afirmar lo contrario. Las discusiones en torno de los acuerdos de la GATT representan un ejemplo de las dificultades por llegar a un consenso en el Nuevo Orden Económico Internacional. Para inclinar la balanza en su favor, las tres potencias probablemente utilicen todos los recursos hasta vencer a sus principales contrincantes, y no es descabellado sostener que para tal fin se vean obligadas a recurrir a la vía militar. ¿Acaso las dos grandes guerras mundiales de este siglo no fueron por oposición de intereses y crisis en el seno de las economías capitalistas más desarrolladas independientemente del factor cultural? ¿Se han desvanecido las posibilidades de enfrentamientos por causas económicas como sostiene Huntington, o las guerras del siglo XXI serán por los recursos que aún quedan disponibles, o por un nuevo reparto del mundo en zonas de influencia económica y política? El senador estadounidense Robert Dole (1991) dio un atisbo de respuesta a esta pregunta retórica: “Nosotros estamos en el Golfo por tres letras: OIL (petróleo). No estamos para salvar democracia. Arabia Saudita no es una democracia, ni lo es Kuwait.”

¿Hacia un enfrentamiento global?

El trabajo de Huntington debe considerarse como una piedra lanzada para debatir, desde nuevos ángulos, la conflictiva relación entre las diferentes civilizaciones, pueblos, naciones y modelos económicos. Pero debe contemplar, necesariamente, un método analítico que no parta de postulados etnocentristas. No hay que olvidar que los cuestionamientos respecto de Occidente son producto de la interacción de siglos y que las “otras” civilizaciones rechazan lo que ellos consideran como parte integral, en esencia, de la civilización occidental. “¿Por qué habríamos de adoptar las prioridades y las jerarquías de Occidente? ¿Con qué necesidad? ¿Vuestros éxitos en el siglo XX han sido tan resonantes? —pregunta el intelectual de la India, Ashis Nandy (citado por

Sorman, 1993)— La Segunda Guerra Mundial, los genocidios, la destrucción de la naturaleza y, en el porvenir, ¿qué otra cosa?” (p. 6). En el fondo, es una crítica que cuestiona la autoridad moral de occidente, pero que no necesariamente debe derivar en una confrontación global. El atractivo de Occidente consiste en el bienestar material, pero si no lo aporta provoca el efecto contrario, el rechazo. Si Occidente, y principalmente Estados Unidos, utilizan las instituciones internacionales, su poderío militar y los recursos económicos solamente para proteger sus intereses, como dice Huntington, entonces sí, el “choque” de civilizaciones, de países o de regímenes políticos, será inevitable. Mientras tanto, las “otras” civilizaciones esperan agazapadas el zarpazo de Occidente, porque consideran que su decadencia lo llevará a lanzar el típico “manotazo de ahogado” como último intento por mantenerse en la cúspide.

La diferencia con el pasado radica en que, por primera vez en la historia, las armas modernas y nucleares son capaces de volar el planeta y acabar con todo vestigio humano.

Referencias

- Albert, Michel. (1992). *Capitalismo contra capitalismo*. Buenos Aires: Paidós.
- Bartley, Robert. (1993, septiembre/octubre). The case for optimism. *Foreign Affairs*, pp. 15-18.
- Brieger, Pedro. (1993, enero). Un ‘pobre’ joven llega a la Casa Blanca. *Panorama*, pp. 88-92.
- Chace, James. (1992, 13 de abril). La ilusión del Pentágono de ser una superpotencia. *La Nación*, p. 19.
- Decornoy, Jacques. (1993, noviembre). La cabalgata americana por la dirección del mundo. *Le Monde Diplomatique*, pp. 8-9.
- Dole, Robert. (1991, 17 de octubre). Declaraciones formuladas a la cadena de televisión CNN (EE.UU.).
- Evtushenko, Levgueni. (1992, 29 de marzo). Después del Big Mac. *El Cronista*, p. 72.
- Hatakeyama, Noburu. (1992). International leadership. *Journal of Japanese Trade & Industry*, pp. 43-49.
- Huntington, Samuel. (1993). The clash of civilizations? *Foreign Affairs*, 72 (3), 22-49.
- Kirpatrick, Jeane. (1993, septiembre/octubre). El imperativo modernizador. Tradición y cambio. *Foreign Affairs*, pp. 22-24.
- Kissinger, Henry. (1993, 31 de enero). Dejar viejas nostalgias. *Clarín*, p. 19.
- Luzzani, Telma. (1992, 6 de enero). Vivimos una situación irracional. *Clarín*, p. 23.
- Powerless growth. (1992, 15 de agosto). *The Economist*, p. 34.
- Reich, Robert. (1993). *El trabajo de las naciones*. Buenos Aires: Vergara.
- Shariati, Ali. (1989). *Sociología del Islam*. Teherán: Al Hoda.
- Sorman, Guy. (1993, 14 de enero). Tercer Mundo: el desarrollo imposible. *La Nación*. (p. 9).
- Thurow, Lester. (1992). *La guerra del siglo XXI (Head to head)*. Buenos Aires: Vergara.
- The Titan Stirs. (1993, 27 de noviembre). *The Economist*, p. 37.
- Umehara, Takeshi. (1992, 17 de diciembre). ¿Un mundo dominado por la disciplina de Oriente? *Clarín*, pp. 14, 15.
- Zitsev, Nikolai. (1992, 6 de enero). *Clarín*, p. 19.